



Boris Kossoy, *Hercule Florence. El descubrimiento de la fotografía en Brasil*, México, INAH (Alquimia), 2004, 278 pp.

Boris Kossoy participó de aquel histórico primer encuentro organizado por el Consejo Mexicano de Fotografía en 1978, que se llamó *Hecho en Latinoamérica*. Los fotógrafos teóricos como el investigador brasileño han ofrecido importantes pautas de comprensión del fenómeno de la fotografía latinoamericana. Dijo entonces Kossoy: "Creo que para hacer una historia de la fotografía es importante la clasificación basada en finalidades, sea como enfoque global, o como parte de algún tema en particular... Entiendo el registro fotográfico como el centro de un círculo por el cual pasan infinidad de rayos demarcando las diversas especialidades" (Boris Kossoy, en *Memorias del Primer Coloquio Latinoamericano de Fotografía, Hecho en Latinoamérica*, México, Consejo Mexicano de Fotografía, INBA-SEP, 1978, p. 23). Es ahora su puesta en escena el libro realizado por el doctor Kossoy: *Hercule Florence. El descubrimiento de la fotografía en Brasil*, resultado de una ardua investigación con materiales de primera mano, como los diarios de trabajo, textos manuscritos, notas, fotografías, etiquetas, dibujos, complementado con hemerografía y otros documentos, enmarcados en un claro contexto histórico del siglo XIX brasileño. Esta obra fue publicada en su lengua original en el año de 1977, y en 1980 vio su segunda edición. Es un libro que merecía traducirse al español dada la importancia del tema, y ello fue posible gracias al esfuerzo del INAH y de la colaboración especial y dedicada de Isabel Anaya Ferreira en la traducción. De todas las ediciones, no cabe la menor duda es la mejor realizada y de mayor calidad en la reproducción de sus imágenes.

El rescate llevado a cabo por el investigador Boris Kossoy sobre los descubrimientos e inventos de un inmigrante francés en Brasil, viene a transformar los conceptos eurocentristas sobre el surgimiento de la fotografía, y muestra cómo en tierras brasileñas se realizó la primera imagen fotográfica de la que se tiene noticia en el año de 1833, seis años antes de lo consignado por la historia oficial, con el descubrimiento de Louis Jacques Mandé Daguerre, en Francia. De origen también francés, Hercule Florence llegó a Brasil en febrero de 1824, y desde ahí desarrolló experimentos que le permitieron crear grandes invenciones científicas para saldar las necesidades inminentes de un país que carecía en muchos aspectos de las mínimas condiciones de desarrollo científico. A sus 21 años de edad, Florence aplicó en primera instancia su capacidad y habilidades de gran observador de la naturaleza, al participar de la expedición que realizara con el científico ruso, el barón Langsdorff, en el Amazonas. Ahí Florence fungió como segundo dibujante de los paisajes naturales que ofrecían esos maravillosos lugares. Posteriormente, ya radicado en la Villa de Sao Carlos (Campinas), en donde residió ya casado, experimentó con los materiales locales y resolvió muchas de las necesidades surgidas en un país en expansión que sólo contaba con los más rudimentarios y escasos materiales que llegaban para la impresión de libros, folletos y toda suerte de impresos. Así, su visión científicista y experimental la aplicó a toda clase de suertes para la multirreproducción de documentos, logrando incluso la impresión de etiquetas publicitarias de los productos locales.

De entre los hallazgos más atractivos que nos presenta Kossoy en torno a este apasionante personaje, destaca el término *fotografía*, acuñado originalmente por Hercule Florence, antes que así se le llamara al invento en tierras europeas. Para ello, el profesor Kossoy documenta profusamente el trabajo de Florence en torno a la sensibilización de superficies, y de cómo logró fijar la imagen en diversos soportes de representación. Experimentos que incluso Boris Kossoy llegó a realizar con gran éxito en la ciudad de Rochester, Estados Unidos.

El francés Florence era todo un innovador, y transformó la manera de percibir y aprehender el mundo visual, exterior y tangible, concretando el sueño de muchos investigadores de obtener una imagen "dibujada con luz", a través de un negativo en papel, adelantándose también a su colega Fox Talbot, y al talbotipo, al gestar un material susceptible de multirreproducirse. Conocer los periplos por los que atravesó Florence para llegar a sus diversos descubrimientos en ese siglo XIX brasileño, es un motivo más para la lectura de este libro, que abre un importante espacio al conocimiento sobre las aportaciones realizadas en tierras latinoamericanas a la fotohistoria mundial. Esta versión en español nutre las filas de la historiografía de la fotografía, con un texto maravilloso, erudito y ahora obligado para quienes arriban al mundo de las imágenes dibujadas con luz. Imposible perderselo y observar las reproducciones de

los dibujos, los manuscritos, las etiquetas, las poligrafías, fragmentos de los diarios y escritos, las sustancias químicas junto a las imágenes que recrean la profusa y novedosa investigación que Boris Kossoy recrea metódica y atractivamente.

Rebeca Monroy Nasr



Ricardo Elizondo, *et al.*, *Nuevo León. Imágenes de nuestra memoria II*, CONARTE/Gobierno del Estado de Nuevo León, México, 2004, 257 pp.

Este segundo volumen, al igual que el primero, es fruto de la convocatoria de CONARTE para rescatar la memoria visual de Nuevo León por medio de una exposición y una publicación. Es de agradecer este esfuerzo por dar a conocer imágenes y reflexiones en torno a la fotografía del noreste del país, que desde hace muy poco tiempo está siendo recuperada y difundida. En esta obra se incluyen tres textos y bajo cuatro temas se agrupa el grueso de las fotografías, por cierto con muy buena calidad de impresión.

En "Espacios privados y espacios públicos en la fotografía", Ricardo Elizondo nos habla del consumo de imágenes e incluye notas sobre el desarrollo histórico de la fotografía en Nuevo León, así como las conclusiones a las que llegó a través de una investigación en correspondencia privada de la época.

El segundo texto "Un acto de ficción (fidedigna)", de José Antonio Rodríguez, inicia con una reflexión acerca del retrato de estudio y el juego decimonónico entre el fotógrafo y el retratado que implica la idealización de sí mismo en una ilusión llamada retrato. Más adelante realiza un breve análisis de los recursos técnicos, la representación corporal, así como de los elementos empleados en el estudio por los fotógrafos en Nuevo León hasta los años treinta del siglo XX. Aquí figuran Jesús R. Sandoval, Desiderio Lagrange, C. Izquierdo, Alberto Fahrenberg, Sabás Treviño, Nicolás Mauro Rendón, Mauricio Yáñez y Eugenio Espino Barros, entre otros. Lo que es de lamentar, es que hayan olvidado incluir las notas al texto, de la 25 a la 33, y que no se hayan impreso como fe de erratas.

En "Rostros al infinito", Jesús Mario Lozano reflexiona sobre la fotografía para luego dar su opinión de la selección fotográfica incluida, definiéndola como "un tratado acerca del rostro". Un acierto, en cuanto a que se trata de una de las lecturas posibles a la fotografía en Nuevo León,



ya que a diferencia del primer volumen, la edición de este segundo parece reafirmar en un pasado elitista la imagen actual del estado norteño: próspero por la abundancia económica de la industria y el comercio, donde la exclusiva sociedad no podía faltar. El orden, la paz y el progreso se dejan ver a través de más de 260 imágenes, la mayoría tomadas entre las décadas de los años veinte y cuarenta, que retratan por más, los eventos y reuniones sociales, la industria floreciente y la construcción de ciudades, sin faltar el paisaje regional. Si en la edición anterior irrumpían desde las primeras páginas los rostros anónimos del pueblo, sin nombre y apellido, aquí los vemos sólo en una decena de fotos y casi siempre bañados o al menos peinados: obreros o empleados presentables para la foto.

Al igual que en el primer volumen, el segundo no cuenta con un catálogo de obra donde se incluya la referencia de las imágenes. Los pies de foto mencionan el autor, el título o descripción y la familia a la que pertenece, pero hacen falta otros datos como la técnica y medidas, además del lugar o ciudad, necesarios para una mayor comprensión del quehacer fotográfico en el noreste. En ocasiones se mencionan nombres de sitios identificables para los habitantes de Nuevo León, pero seguramente la intención de los editores es que éste sea visto y leído más allá del público local. Por otra parte, no queda claro cuáles son las imágenes donadas a la Fototeca del Centro de las Artes, según se menciona en la presentación, y que esperamos puedan consultarse en un futuro cercano.

Mayra Mendoza Avilés